

**Zeitschrift:** Hispanica Helvetica  
**Band:** 18 (2008)

**Artikel:** El cuerpo presente : texto y cuerpo en el último teatro español (1980-2004)  
**Kapitel:** El cuerpo y su imagen social : líneas de una revolución  
**Autor:** Cordone, Gabriela  
**DOI:** <https://doi.org/10.5169/seals-840904>

### **Nutzungsbedingungen**

Die ETH-Bibliothek ist die Anbieterin der digitalisierten Zeitschriften. Sie besitzt keine Urheberrechte an den Zeitschriften und ist nicht verantwortlich für deren Inhalte. Die Rechte liegen in der Regel bei den Herausgebern beziehungsweise den externen Rechteinhabern. [Siehe Rechtliche Hinweise.](#)

### **Conditions d'utilisation**

L'ETH Library est le fournisseur des revues numérisées. Elle ne détient aucun droit d'auteur sur les revues et n'est pas responsable de leur contenu. En règle générale, les droits sont détenus par les éditeurs ou les détenteurs de droits externes. [Voir Informations légales.](#)

### **Terms of use**

The ETH Library is the provider of the digitised journals. It does not own any copyrights to the journals and is not responsible for their content. The rights usually lie with the publishers or the external rights holders. [See Legal notice.](#)

**Download PDF:** 06.10.2024

**ETH-Bibliothek Zürich, E-Periodica, <https://www.e-periodica.ch>**

### 3. EL CUERPO Y SU IMAGEN SOCIAL: LÍNEAS DE UNA REVOLUCIÓN

La irrupción y el protagonismo del cuerpo en escena fueron provocados, naturalmente, por un cambio de paradigma físico que comienza hacia los años sesenta en Occidente, pero que se manifiesta en España con unos cuantos años de retraso. La transformación se articula en torno a tres ejes principales: higiene, salud e imperativos estéticos. Estos principios fundan la construcción del nuevo modelo corporal que se impuso en las sociedades modernas.

El salto cualitativo del lugar del cuerpo en la sociedad española no se produce hasta bien entrados los años setenta. Tradicionalmente relegado a un segundo plano social, el cuerpo se muestra en los últimos treinta años bajo todos sus ángulos y aspectos, convirtiéndose en el centro de múltiples consideraciones. El tiempo dedicado al cuerpo, por ejemplo, creció considerablemente en las muchas y variadas actividades que le conciernen de lejos o de cerca, tales como el deporte, la cosmética, la alimentación, la moda, las medicinas alternativas, etc. En efecto, el crecimiento económico en España "no tuvo tan sólo unas consecuencias cuantitativas en la elevación de los niveles de renta, sino también cualitativas y culturales. Si las primeras estaban previstas —y fueron deseadas— por parte de la clase política, no se puede decir lo mismo de las segundas"<sup>214</sup>.

---

<sup>214</sup> Tusell (1998: 729). Bien entrada la década de los sesenta, aparece con mayor fuerza el cambio social, consecuencia del económico, que facilitaba la oposición y el movimiento sindical. Sin duda, se trataba del cambio socio-económico más significativo desde el final de la Guerra Civil. Factores tales como los desplazamientos y modificaciones de estilo de vida de la población urbana, las reivindicaciones salariales de la clase obrera y las cifras relativas al consumo revelan que el desarrollo fue beneficioso para la mayor parte de la población española, aunque fuera en proporción variable. Es posible percibir el grado de bienestar por la disminución del papel relativo de la alimentación en los presupuestos familiares: si al principio de los sesenta giraba en torno del 55%, a principios de los setenta descendió al 38% (*ibídem*: 736).

Es importante señalar que, a pesar de las desigualdades sociales persistentes, el consumo ligado a los cuidados corporales, la salud y la belleza, se generaliza poco a poco en la sociedad, con la consiguiente revaloración del ideal de juventud. Por ejemplo, el cuidado del cuerpo a través de las prácticas deportivas gana cada vez más adeptos, sobre todo en las mujeres, que desean identificar su imagen con los nuevos modelos de belleza.

En el contexto de la sociedad española, a pesar de los cambios culturales y sociales propiciados por el resurgimiento económico de los años sesenta, los acontecimientos de Mayo del 68 tuvieron poca repercusión. En Europa occidental, el "efecto 68" se prolonga hasta principios de los setenta, mientras que en España los valores de la sociedad tradicional comienzan a ponerse en tela de juicio ya bien avanzados los años setenta. Paralelamente a la crisis de la autoridad, de la educación, de la pareja y del sexo proliferan los discursos sobre la liberalización del cuerpo, que comienza a considerarse como un valor en sí mismo y no como un vehículo. El cuerpo se convierte, pues, en el lugar de la identidad personal en una época en la que las reivindicaciones pasan por el reconocimiento corporal —el cuerpo de las mujeres, de los homosexuales, de los discapacitados, de los detenidos, etc.<sup>215</sup>. Por otra parte, la liberalización de la sexualidad propia de los sesenta —aunque en España haya sido menos evidente que en el resto de Europa occidental— engendró la exhibición del cuerpo y sobre todo del cuerpo semi-desnudo: los trajes de baño, por ejemplo, se reducen para ponerlo en valor. En resumen, el *corporeísmo* —conjunto de prácticas que confieren al cuerpo la primacía de valor— va ganando un terreno cada vez mayor, revolucionando los hábitos tradicionales y culturales<sup>216</sup>.

Para explicar, en parte, este contexto en el que contrastan la apertura de Europa y el encierro de España, Teresa Vilarós analiza la

---

<sup>215</sup> La censura erótico-sexual de los espectáculos disminuye a partir de 1975, al tiempo que aparece el sexo en las letras de las canciones anglosajonas (Rollings Stones, Pink Floyd, The Who) y el cuerpo liberado se expone en la fotografía (Travaillot, 1998: 42-43). Véase igualmente Le Breton (1992: 99-103 y 107-111).

<sup>216</sup> Maisonneuve (1976: 551-552). La "Body-Culture", proveniente de California, pretende armonizar el cuerpo y el cosmos a través de una nueva vitalidad y una nueva salud (Travaillot, 1998: 75).

portada del primer número de la revista *Triunfo* de 1962. A partir de la disposición de las imágenes, la investigadora descifra el deseo de apertura y de expresión cultural de la sociedad de entonces. Cito las principales líneas del comentario que me parece ilustrar a la perfección el estado de espíritu de la época en relación con el cuerpo y la imagen:

Un rescate de esta primera portada señala que la cabeza de pelo desordenado y cara expansiva, seductora y relajada de Brigitte Bardot avanza ligeramente sobre su cuerpo tumbado en la hierba, evocando de forma clara una accesibilidad sexual, un relajamiento social situado a años luz del contexto español del momento. Si en el imaginario español el icono Bardot es en la portada de *Triunfo* la representación de una geografía móvil, de apertura política y sexual; si la actriz encarna para la España de entonces una idea de Europa, un espacio anhelado de libertad situado más allá de las fronteras políticas y culturales impuestas por el régimen, la estrechez del pequeño recuadro que expone la cabeza tapada —y desprovista de cuerpo y contexto— de nuestra flamante Miss Europa resulta entonces especialmente desgarradora.

Una invisible línea de deseo une estrechamente a las dos fotografías, Un deseo que, yendo más allá de lo explícitamente sexual, rechaza el corsé político y cultural representado por el parco encuadre de la fotografía de Maruja García para reclamar el espacio sin marco en el que la imagen de Bardot se ofrece. Un deseo que encuentra en este año de gracia 1962 el primer orificio de escape y que empuja y sube desde el castizo y prosaico nombre representado por la recatada y empañoletada cabeza de la miss española a la exótica pronunciación y despeinada y desvestida persona que el icono de Brigitte Bardot propone<sup>217</sup>.

La reflexión sistemática en torno al cuerpo tendrá lugar a partir de los años setenta principalmente en Francia y en los Estados Unidos. En ella converge una multiplicidad de investigaciones que van del psicoanálisis a la antropología social, pasando por la filosofía, las

---

<sup>217</sup> Vilarós (1998: 81).

ciencias del lenguaje y la historia de la medicina<sup>218</sup>. En este contexto de (re)descubrimiento del propio cuerpo, no debe llamarnos la atención la tendencia del teatro independiente que, como decíamos anteriormente, reemplaza el texto por la expresión corporal y el lenguaje del cuerpo y des las formas, es decir, por todo lo que permita liberar al individuo de la opresión social que se ejerce por la palabra. El cuerpo, según las nuevas prácticas, es considerado como un todo y sólo la toma de conciencia y el trabajo fundado en las sensaciones corporales permiten *conectar* con él<sup>219</sup>.

Otra de las características del período que nos interesa es la imposición de unos códigos estéticos que, en mi opinión, contradicen la pretendida *libertad corporal* recuperada. El fenómeno es harto conocido para volver a exponerlo en estas páginas. Recordemos, someramente, los imperativos que marcaron —y siguen marcando— el ideal corporal: la delgadez para la mujer, los músculos para el hombre. Por un lado, la mujer delgada se erigió, desde principios de los setenta, en el principal motivo de las publicidades gráficas y televisivas y se impuso como una exigencia social. El culto del cuerpo y sobre todo de la nueva imagen de la mujer se redefine y se difunde en todas las instancias reconocidas.

Ocuparse de su cuerpo y cuidarlo es, pues, una de las características principales del ciudadano moderno y la apariencia del cuerpo parece transformar en profundidad los valores culturales y el imaginario colectivo<sup>220</sup>. Esta tendencia se acentúa, en los años ochenta, a través de grupos particulares que desarrollan su propia literatura, tales como la medicina alternativa y la salud, los centros de deporte, los cursos de meditación, etc. La necesidad de ocuparse de su cuerpo se extiende al conjunto de la población: la manera de *estar en sociedad* es *estar en buen estado físico*.

---

<sup>218</sup> Los trabajos de Michel Foucault (1984), Baudrillard (1970), Borel (1992), Vigarello (1993) y Le Breton (1985a), entre otros, brindan al estudio del cuerpo un sólido marco teórico y crítico.

<sup>219</sup> Travaillot (1998: 48).

<sup>220</sup> En las sociedades heterogéneas, la relación al cuerpo se inscribe dentro de las diferencias de clases y de culturas que orientan los significados y los valores. Para Pierre Bourdieu (1979: 210) "el cuerpo es la objetivación más irrecusable del gusto de clase". Véase igualmente Detrez (2002: 144-146) y Le Breton (1992: 97-99).

La constante puesta en escena del cuerpo en la vida cotidiana y las imágenes del cine y de la televisión tienden a darle una importancia simbólica jamás alcanzada. Todos los acontecimientos sociales tienen su eje corporal —por ejemplo la apariencia física de los políticos y/o personas de influencia— que se hace eco de las producciones de la cultura de masas, desde los cuerpos de las películas de acción norteamericanas que conocieron una amplia difusión —*Rambo* (1983), *Terminator* (1985)— hasta los despliegues físicos de los grupos de rock en escena. El significado de la presencia física se halla sobre todo en el plano de la prestación corporal, ya que se impone un nuevo modo de comunicación a través de la exhibición y de las demostraciones del estado físico.

¿Cómo se explica este *cuerpocentrismo* desmedido que afloró en las sociedades occidentales a partir de los años ochenta? Los sociólogos asocian este fenómeno al vacío social e ideológico de la época. El individuo debe buscar en él mismo lo que esperaba de la colectividad. El nuevo *corporeísmo* sustituye al decepcionante diálogo social, tendencia muy marcada ya en la España de la Transición y que continúa en los años ochenta y noventa<sup>221</sup>. La desideologización y la descomposición de las principales estructuras asociativas —los sindicatos cuentan cada vez con menos miembros— aceleran la instalación del vacío social. La mayoría de los españoles, asegura Juliá, está convencida de que su participación en la vida política nada tiene que ver con el resultado final. Por ello, asegura el historiador, "podría verse en esta actitud la permanencia del legado franquista que, más que inculcar valores autoritarios, habría dejado como secuela principal un interés prioritario por lo

---

<sup>221</sup> La participación del ciudadano español en la vida política es escasa. A este respecto, el historiador Santos Juliá señala con mucha pertinencia que la participación de la población en momentos socio-políticos críticos —manifestaciones en favor de la democracia o contra el terrorismo, incluso el gran porcentaje de participación en las urnas— "no son suficientes para mostrar un alto interés por la política". En efecto, "la afiliación a partidos, sindicatos y otras organizaciones voluntarias y el conocimiento de asuntos políticos fueron, durante toda la Transición, muy bajos, mientras se mantuvo alta la valoración negativa del funcionamiento de las instituciones" (Mainer y Juliá, 2000: 57).



privado, por el consumo y el gasto, por los valores materiales frente a los que miran más por la calidad de la vida social y a la participación en tareas colectivas"<sup>222</sup>.

La vida pública se centra, pues, en la emancipación del individuo, que pasa a ocuparse de él y de su cuerpo. Indiferente a las esperanzas colectivas, decepcionado del curso de la política, este nuevo ciudadano se caracteriza por el repliegue de sí y la indagación individual de una felicidad a su medida<sup>223</sup>. En esta búsqueda, el cuerpo ocupa el lugar de la reconquista de sí mismo.

La apropiación del cuerpo se opera de dos maneras fácilmente identificables: por un lado, el mantenimiento del buen estado físico como estilo de vida y, por otro, la importancia del *look*. Conservar un buen estado físico es una manera de aprehender el cuerpo. Se trata de una visión integradora de su capital psíquico y físico, en la medida en que estar en buena forma física implica un acuerdo total del cuerpo y del espíritu donde las ideas de salud, belleza, alimentación y distracción se imbrican unas en otras. El *look*, por su parte, es el símbolo de una búsqueda de prolongación de la juventud. La tonicidad muscular ocupa un lugar privilegiado y el bronceado es signo de disposición de tiempo libre. El cuerpo se construye para ser contemplado y la apariencia, en los años ochenta, traduce la salud, la vitalidad y los recursos psicológicos.

El *look* y el buen estado físico, en un mundo en el que la representación y la imagen son portadoras de valores y omnipresentes, están cargados de significados. La influencia de los medios de comunicación —sobre todo la televisión, los vídeos y la

---

<sup>222</sup> Mainer y Juliá (2000: 57). Con respecto a la implicación de los españoles en la vida política desde el período democrático, Santos Juliá articula las siguientes cifras: el 75% de los españoles reconoce estar poco o nada al corriente de los asuntos políticos. Sólo un 7% de los motivados en política se afilia a un sindicato y un 3% a un partido político. España es el país europeo que tiene la tasa más baja en la relación militante/votante. Consúltense igualmente otras cifras de interés en el apartado "Entre la legitimidad y el desinterés" (*ibidem*: 54-60).

<sup>223</sup> Esta tendencia aparece claramente en la novela española de los años ochenta y noventa, en autores como Juan José Millás, Javier Marías, Antonio Muñoz Molina, etc. y, como lo vimos en la primera parte de este trabajo, es patente en *El color de agosto*, de Paloma Pedrero.

prensa semanal— es determinante. De Virieu habla de la televisión, en la década de los ochenta, como de un nuevo organizador de la realidad social<sup>224</sup>. Subida en el tren europeo, España emprende también la *normalización corporal* que tiene lugar a través de los medios de comunicación y de las emisiones que exhiben cuerpos deportivos, vitales y performantes. Durante los años ochenta, el esfuerzo en modelar el cuerpo según su propia voluntad se alzó en un nuevo ideal y la necesidad de asumirse y asumir su cuerpo se produjo sobre la base del esfuerzo constante<sup>225</sup>. La carrera hacia la consecución de los logros personales se erigió, pues, en una prioridad: se estimaba que para tener éxito en la vida, había que estar en buen estado físico y que lo importante era desearlo y luchar por este ideal<sup>226</sup>.

El individuo, sin embargo, vive mal la presión social que le incita a ocuparse de la totalidad de su persona. La corriente del *cuerpo total* que caracterizó la segunda mitad de los años ochenta conocerá un lento declive. En efecto, la nueva tendencia apunta, en los años noventa, hacia movimientos corporales suaves y armoniosos y regímenes alimentarios equilibrados. El concepto de esfuerzo va disminuyendo, suplantado por el de placer, presente en el movimiento físico sin dolor y en las comidas con todo su sabor — pero con menos calorías. Como señala Travaillot, la atención hacia el cuerpo puede ser puesta en paralelo con la evolución de las mentalidades: las dificultades económicas y el creciente desempleo en los años noventa tienden a que se adopte una actitud menos arrogante y más defensiva<sup>227</sup>. Los famosos *logros* son considerados

---

<sup>224</sup> De Virieu, F., *La médiacratie*, Paris, Flammarion, 1990, citado por Travaillot (1998: 107).

<sup>225</sup> Los regímenes draconianos y constantes y los esfuerzos físicos del aeróbic son un ejemplo de este tipo de práctica corporal.

<sup>226</sup> En *El color de agosto*, de Paloma Pedrero, María es un personaje que responde perfectamente a este perfil.

<sup>227</sup> Una consecuencia importante de este fenómeno de atención extrema a lo corporal y a las preocupaciones en el cuidado del cuerpo fue la aprehensión ante la enfermedad y la muerte. Resulta particularmente interesante la relación entre *cuerpo magnificado* y *cuerpo temido* en la medida en que encuentra varias vertientes temáticas en las recientes dramaturgias.



adquisiciones efímeras y el individualismo exacerbado cultivado durante los años ochenta es percibido como un factor de aislamiento y de estrés<sup>228</sup>. Un cierto equilibrio entre las actividades físicas y el desarrollo armonioso de la mente y del cuerpo parecen imponerse en la clase media, marcados por una vuelta hacia la autenticidad — presente en recetas y productos naturales— y un bienestar integral en conformidad con el medio ambiente.

En definitiva, la preocupación por el cuerpo es una constante desde los años sesenta. Legitimados por los debates que se generan en los distintos ámbitos sociales, la imagen, lo visual y la presencia del cuerpo en escena se incorporan a la reflexión del hecho teatral. Así, influenciado sin duda por el advenimiento de la televisión en los hogares de la clase media, se abre en España el debate sobre el lugar de la imagen en el teatro y su relación con el texto.

En este nuevo contexto ¿qué idea de *cuerpo* vehiculan los textos de los autores y autoras españoles de los últimos treinta años? A lo largo de tres décadas, las concepciones y el empleo de la imagen en el teatro —en la que incluimos el cuerpo como poderoso generador de signos no verbales— estarán relacionados con las experiencias vitales de los dramaturgos que practicaron el teatro independiente o de los que no conocieron los obstáculos del franquismo pero crecieron con la influencia de la televisión y de los medios de comunicación.

---

<sup>228</sup> Travaillot (1998: 202).